

El Apocalipsis, memoria subversiva y fuente de esperanza para los pueblos crucificados (I)

Xavier Alegre,
Facultad de Teología de Cataluña,
Centro de Reflexión Teológica, San Salvador.

¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz,
vas a estar sin hacer justicia y sin tomar
venganza por nuestra sangre de
los habitantes de la tierra?

(Ap 6, 10)

Introducción

El libro de S. Carranza, *Romero-Rutilio vidas encontradas*¹ lleva la siguiente dedicatoria: "haciendo memoria de Rutilio, de Monseñor, de los mártires de la UCA, de Celina, Nelson, Elba, don Meme, Ticha, Félix, Polín, Chepe, Chuss... y de un pueblo crucificado... que con su vida y muerte nos sigue dando vida".

Si uno ha tenido la suerte de conocer de cerca la fe de un pueblo crucificado, como lo es el salvadoreño —mis estancias en El Salvador han sido para mí auténticos dones de Dios por haberme brindado esta oportunidad—, descubre que una de las preocupaciones fundamentales de dichos pueblos y de los animadores, profundamente creyentes, de su fe es no olvidar a sus mártires "y sobre todo (...) ponerlos a producir"².

Desde esta perspectiva, a uno se le ilumina, de repente, el significado más profundo del Apocalipsis. Detrás de sus visiones, a veces difíciles y complicadas, que a primera vista parecen darnos un video de los acontecimientos del fin del mundo que puede provocar, fácilmente, el miedo de los lectores (una visión que, como vamos a ver, resulta totalmente equivocada), descubrimos, ahora, que lo que el libro pretende, en lo más hondo, es "mantener viva la memoria de los mártires" (la comunidad del Apocalipsis es una comunidad perseguida por el

imperio romano y cuenta entre sus filas con numerosos mártires, como podemos ver por Ap 2, 13; 6, 9-11; 7, 9-17; 11, 7-10; 13, 15; 16, 5-6; 17, 6; 18, 24; 20, 4) "y ponerlos a producir". Sobre todo quiere que se mantenga viva y perenne la memoria del primer mártir, el *Cordero degollado* (Ap 5, 6. 12; véase también 12, 11, donde Juan recuerda a los cristianos que ellos vencieron al Diablo gracias a la sangre del Cordero) que, resucitando (Ap 12, 4-5; véase también 5, 6)³ ha vencido definitivamente al mal (simbolizado por Satanás y sus acólitos, las dos bestias que aparecen en Ap 12-13). Porque Juan escribe su obra para subrayar que es el triunfo de Jesús de y sobre la muerte y sus aliados, lo que ha posibilitado al pueblo cristiano, incluso en medio de la persecución más sangrienta, participar de la victoria del Mesías y mantenerse fiel a su proyecto del Reino, aun al precio de la propia vida. En este sentido, el Apocalipsis es — como voy a procurar mostrar en este artículo— un escrito de resistencia, escrito por "los muchachos de la Fe" y dirigido contra el imperio romano que persigue, oprime y asesina al pueblo (cristiano) empobrecido por no doblegarse ante los valores del imperio. Juan quiere que lo tengamos esto bien presente cuando escribe: "Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre" (Ap 13, 16-17).

Por eso es tan importante para el autor mantener viva la memoria del Primer Mártir y ponerla a producir. Porque con su cruz (víctima también él del poder opresor del imperio) y su resurrección, Jesús se ha convertido para la comunidad en "una Buena nueva (evangelio) eterna" (Ap 14, 6), ya que fundamenta la fe y la esperanza (contra toda aparente esperanza, desde la "lógica humana") del pueblo cristiano que, de esta manera, es animado y exhortado a vivir los valores del Reino, por los cuales Jesús dio su vida. Para el autor, sólo el Primer Mártir —y no Domiciano, por más que éste lo pretenda con su poder político, económico, social y religioso— es el auténtico Señor de la historia y el único capaz de dar la luz y la fuerza que necesitan los cristianos para, en medio de las persecuciones, "guardar los mandamientos de Dios y mantener el testimonio de Jesús" (Ap 12, 17b).

Se trata, pues, de una obra subversiva para los poderes políticos injustos de la época en la cual escribe el autor, porque desenmascara su mentira y advierte a los cristianos que no se dejen engañar por la propaganda religiosa del imperio romano (simbolizada por la Bestia de la tierra en Ap 13, 11-17 o por su equivalente, el Falso Profeta, en Ap 20, 10)⁴, que quiere engañar a los incautos que se dejen seducir por su propaganda. En esto se muestra como creación e imagen del demonio, "el padre de la mentira", como dice Juan 8, 44.

Al cabo de dos mil años, el mensaje del Apocalipsis sigue siendo muy actual, sobre todo en países como El Salvador, en los cuales se viven, a menudo,

situaciones verdaderamente "apocalípticas", en el sentido vulgar de la palabra. Pues a las catástrofes naturales, el hambre y la miseria extrema, se unen los horrores de una guerra continuada o latente en las estructuras injustas que no dejan que las mayorías populares puedan siquiera vivir, —¡para no hablar ya de una vida que merezca verdaderamente el nombre de vida! Por todo ello, estos países son un terreno abonado para las interpretaciones milenaristas y alienantes del Apocalipsis, que puedan ser funestas para aquellos que, en su ansia legítima de liberación, son fácilmente víctimas de la propaganda de las sectas que, como nos previno ya Juan en el Apocalipsis, a menudo son financiadas por el Imperio del Norte. Este se aprovecha de ellas para mantener su poder injusto y desmilitarizar o perseguir a los cristianos comprometidos, como Jesús, en bajar el reino a la tierra, en hacer presente en el mundo el reinado de Dios. Dichas sectas manipulan el Apocalipsis, bien en su ignorancia, bien con todo descaro, haciendo así un flaco servicio a la fe cristiana.

El contexto apocalíptico del Apocalipsis

Para poder comprender adecuadamente el Apocalipsis de san Juan, es necesario que situemos dicho escrito en el marco espiritual y literario de la literatura y de la época que lo vio nacer. Me refiero a la literatura demoninada "apocalíptica" que tuvo un auge especial precisamente entre los comienzos del siglo II a. C. y finales del I d. C. Es un tipo de literatura que suele ponerse de moda en las épocas de crisis, pero que en el mundo bíblico floreció precisamente en la época antes indicada.

En momentos de crisis de la humanidad siempre se ha popularizado la literatura apocalíptica. No en vano Orwell fue popular en la década de los 80 y no a finales de los 60. Dicha literatura utiliza un lenguaje típico y parece predecir, de entrada, cómo será el futuro y, de modo especial, el fin del mundo que parece estar ya a las puertas. Un ejemplo moderno típico del género literario apocalíptico, no necesariamente inspirado, lo encontramos en un texto que publicó el periódico italiano *La Repubblica* (y que fue reproducido en el periódico español *El País*). Según dicho periódico contendría el denominado "tercer secreto de Fátima"⁵. Reza así:

Un gran castigo caerá sobre todo el género humano en la segunda mitad del siglo XX. En ninguna parte del mundo hay orden, y Satanás reina en los puestos más altos determinando el curso de las cosas.

Satanás conseguirá introducirse hasta en los puestos más altos de la Iglesia. El conseguirá seducir a los espíritus de los grandes científicos que inventan armas con las cuales será posible destruir en pocos minutos gran parte de la humanidad. Satanás tendrá en su poder a los poderosos que gobiernan a los pueblos y los empujará a fabricar gran cantidad de armas.

Dios castigará a los hombres con mayor severidad de lo que lo hizo ya con el diluvio. Llegará el tiempo de los tiempos y el fin de todos los fines. Los grandes y poderosos perecerán junto a los pequeños y los débiles.

También para la Iglesia llegará el tiempo de sus mayores pruebas. Cardenales se opondrán a cardenales, obispos a obispos. Satanás marchará entre sus filas y en Roma habrá cambios. La Iglesia será ofuscada y el mundo descompuesto por el terror.

Una gran guerra se desencadenará en la segunda mitad del siglo XX. Fuego y humo caerán del cielo. Las aguas de los océanos se convertirán en vapor y su espuma se alzarán destrozando y hundiéndolo todo. Millones y millones de hombres perecerán de hora en hora. Los que quedarán vivos envidiarán a los muertos.

A cualquier parte donde se dirija la mirada habrá angustia y miseria y ruina en todos los países. El tiempo se acerca cada vez más y el abismo se ensancha sin esperanza. Los buenos perecerán junto con los malos, los grandes con los pequeños, los príncipes de la Iglesia con sus pueblos.

Habrán muerte por todas partes a causa de los errores cometidos por los insensatos y por los partidarios de Satanás, quien entonces y sólo entonces reinará en el mundo. Por último, los que sobrevivirán proclamarán nuevamente a Dios y su gloria en todos los acontecimientos y lo servirán como cuando el mundo no estaba tan pervertido.

¿Cómo es, pues, la literatura apocalíptica?

Para comprender mejor el significado de este tipo de literatura, es bueno que descubramos, ante todo, el motivo por el cual dicha literatura apocalíptica floreció, en el mundo judío y cristiano, precisamente entre los siglos II a. C. y el I d. C. El motivo se encuentra en que dicha época, no sólo fue un tiempo de crisis en general, sino que fue también una época en la cual tanto los judíos como los cristianos fueron perseguidos específicamente por su fe religiosa. La persecución y el sufrimiento ya habían acompañado al pueblo de Dios antes del año 170 a. C. Incluso sus notables habían sido llevados al exilio por el imperio de turno (primero Asiria y luego Babilonia) que había invadido y conquistado la tierra de Israel. Pero la causa de la persecución había sido, entonces, fundamentalmente político-económica. Sólo con el dominio de los reyes seléucidas —y de modo especial con Antíoco Epifanes (175-164 a. C.), quien profanó conscientemente el Templo de Jerusalén, erigiendo en él un altar a Zeus Olímpicos⁶— los israelitas palparon en carne propia la persecución por motivos específicamente religiosos. Este hecho resultó tan impactante para el pueblo creyente de Israel, que provocó un despertar religioso, que se concretó en una revolución armada —la de los hermanos macabeos (véase 1 y 2 Macabeos)— y en una literatura religiosa —la que denominamos apocalíptica. Dicha literatura quería ayudar al pueblo

a mantener viva no sólo su identidad política, como pueblo, sino también su identidad religiosa, procurando alimentar la esperanza del pueblo en unos momentos en que ésta se veía seriamente amenazada y en los cuales una parte del pueblo creyente se dejaba seducir e incluso colaboraba con el imperio del norte (Siria) y sus acólitos dentro del mismo Israel. Es precisamente en esta época cuando se escribe el único libro plenamente apocalíptico del Antiguo Testamento. Me refiero al libro de Daniel. Pero poco antes y después de Daniel se escribieron también un sinnúmero de obras, la mayoría de ellas muy populares, muchas de las cuales han sido divulgadas y traducidas a las lenguas modernas en época reciente⁷, contribuyendo así a que podamos interpretar mucho mejor los textos apocalípticos inspirados. Aunque tanto los judíos como los cristianos después, al fijar su canon, las hayan considerado como apócrifas o no inspiradas —por lo menos en su mayoría—, por lo cual no han pasado a formar parte del canon bíblico; sin embargo, nos consta que fueron obras muy populares en aquel tiempo (no siempre se pensó que no fueran inspiradas: por ejemplo en la carta de Judas se citan sin problemas la ascensión de Moisés y los libros de Henoc⁸) e influyeron, sin duda, en la teología de los primeros cristianos⁹.

Es en este contexto de persecución religiosa donde hay que situar el libro del Apocalipsis de Juan con el que concluye el Nuevo Testamento y la Biblia cristiana. Los especialistas sitúan la edición definitiva del Apocalipsis¹⁰ hacia mediados de los años 90, cuando arreciaba la persecución del emperador Domiciano (81-96 d. C.) contra los cristianos¹¹. Antes del año 70 d. C. —una fecha importante para el auge de los movimientos apocalípticos, por cuanto la conquista de Jerusalén por parte de los romanos y la destrucción del Templo hicieron aumentar el sentimiento de crisis entre judíos y cristianos—, la actitud de los cristianos frente a los poderes políticos romanos estuvo marcada, más bien, por una actitud conciliadora y de lealtad hacia el imperio (véase por ejemplo Rm 13, 1-7)¹². Se era consciente, con todo, de que Jesús había sido condenado a muerte por las autoridades romanas. Pero se presentaba este hecho como consecuencia de un error político de Pilatos, engañado por las autoridades judías. Se presentaba así porque, de entrada, se intentaba evitar el conflicto con la autoridad política que dominaba totalmente "la tierra conocida" en el mundo neotestamentario. Pues un conflicto político hubiera dificultado la misión cristiana en un mundo en el cual el imperio romano era el dueño y señor absoluto. Incluso la persecución por parte de Nerón fue vista, más bien, como un hecho aislado, debido a la locura de un emperador concreto. Pero la situación cambió bajo Domiciano. En su reinado, buena parte de la Iglesia chocó con el poder totalitario romano, tanto en su dimensión civil como en la religiosa. Pues Domiciano, para dar solidez y unidad al imperio, exigía el culto y la adoración de su persona. Este culto era el signo y el distintivo del buen ciudadano que quisiera "hacer carrera", la condición imprescindible para poder llevar a cabo una existencia exitosa, política y económicamente. No se trataba de un conflicto anecdótico.

Era un conflicto de principios. De ello es de lo que toma conciencia clara el autor del Apocalipsis. Escribe su obra para desenmascarar el peligro que comportaba para su comunidad la propaganda y opresión del imperio (la religión imperial resultó muy popular en la parte oriental del imperio, sobre todo en Asia Menor¹³, lugar en el cual hay que ubicar, probablemente, el origen del Apocalipsis¹⁴). Con ella quiere ayudarla también a resistir ante la persecución que, por lo menos a corto plazo, resultaba inevitable.

Pero sobre todo lo que el autor quiere impedir con su obra es que los fracasos aparentes en la resistencia frente a la prepotencia del imperio lleven a la comunidad a perder la esperanza. Pues el imperio romano presentaba al emperador como el Señor del mundo (véase Ap 13, 4-11) y exigía que se le diera culto, apoyándose para ello en su poder político y en las ideologías, incluida la propaganda religiosa, que lo sustentaban (véase Ap 13, 11ss). El imperio exigía que se aceptaran, sin discusión, los valores (antivalores) que sostenían su poder. Frente a esta pretensión, los cristianos tenían que reaccionar. Tenían que confesar precisamente todo lo contrario y desenmascarar —por fidelidad a su fe— los engaños que propalaba el imperio. A ello apunta la crítica del lujo, del orgullo y de la prepotencia económica y política que, en buena herencia profética (véase Is 2, 12ss; 1, 17; 3, 16-24; 5, 8-9, etc.), aparece en Apocalipsis 18, cuando canta, alborozado, la caída futura del imperio (véase también Ap 13, 16ss). Los cristianos se veían obligados a reaccionar así porque para ellos sólo había un Dios, verdaderamente omnipotente¹⁵, y un solo Señor, el Cordero degollado (véase Ap 17, 14). Como es obvio, esta actitud crítica tenía que comportar para los cristianos una persecución violenta por parte del Estado (Ap 12, 13; 13, 7) y, en ocasiones, el martirio (véase Ap 2, 13, etc.). Pues como indica muy bien C. Mesters, "el control de la policía era total; nadie podía escapar a su vigilancia (13, 6). Quien no apoyaba al régimen del imperio, no podía vender ni comprar nada (13, 17). El emperador era presentado como si fuera un nuevo Jesús. Hasta decían que él era un resucitado (13, 3.12.14). La tierra entera lo adoraba como si fuera un dios y apoyaba su régimen (13, 4.12-14)"¹⁶. No era, pues, fácil, en esta situación, mantenerse fiel a Jesús y a los principios y valores cristianos. Es por todo ello por lo que el profeta Juan (*cf.* Ap 1, 3; 22, 9) se decide a escribir esta obra a su comunidad, eligiendo para ello el género literario apocalíptico¹⁷, familiar a su comunidad y el más adecuado para responder, en buena tradición judía, a los retos que planteaba al cristianismo el imperio totalitario romano.

Finalidad del Apocalipsis

Por lo que acabamos de ver ya podemos sospechar que lo que pretende el autor no es predecir el cómo y el cuándo del fin del mundo. Tampoco pretende asustar a la comunidad con la amenaza de un fin del mundo inminente y terrible. No respondería ello al talante de los hombres bíblicos inspirados. Por otro lado, como todo apocalipsis de la época, el Apocalipsis es, más bien, un libro de

circunstancias, preocupado por el aquí y el ahora que está viviendo la comunidad. Más que predecir cómo será el futuro, cosa que desconoce (recordemos que ya en el discurso apocalíptico de Jesús, que recoge el evangelio de Marcos, se nos advierte que ni a los ángeles del cielo ni tan siquiera al Hijo ha revelado el Padre cuándo será el fin del mundo: véase Mc 13, 32; también Hch 1, 6-8 y Lc 21, 8, un texto, este último, que pone sobre aviso ante los falsos profetas cristianos que dirán que "el tiempo está cerca"), lo que le preocupa al autor es la actitud que debe tener el cristiano ante ciertas realidades terrenas que, de modo regular¹⁸ a lo largo de la historia, se manifiestan como amenazantes para la fe. En este sentido, el Apocalipsis es una "literatura de combate", escrita, como decía al comienzo, por los militantes de la fe que reflexionan sobre el modo cómo pueden resistir a las seducciones y asaltos del mundo (los poderes fácticos que se revelan como inhumanos, como "ídolos de muerte";¹⁹) y a las injusticias que padecen. El Apocalipsis, por tanto, quiere ser un "escrito de resistencia", escrito por un "guerrillero de la fe" que, con su escrito, quiere cimentar y acrecentar la *esperanza* de su comunidad, animándola y dándole fuerza ante la durísima persecución que está sufriendo.

Pero, si esto es así, ¿por qué Juan da a su obra el título de *Apocalipsis de Jesucristo*? La palabra griega *Apocalipsis* significa *revelación*. El autor, que es un cristiano consciente de su inspiración profética (tanto al comienzo de la obra como al final —véase 1, 1-3 y 22, 6-9— subraya que se trata de una profecía y al empezar a contar sus visiones dice —en 1, 9— que cayó en éxtasis, una manera simbólica de expresar que está inspirado) sabe —y así se lo quiere comunicar al lector oyente cuando en Ap 1, 2 le dice que la obra contiene *la Palabra de Dios*— que su obra está escrita desde la fe y que contiene una reflexión e interpretación creyentes de la realidad histórica que está viviendo la comunidad. Se trata, como sabe él muy bien, de una interpretación que tiene muy presente la manera cómo Dios, de acuerdo con lo que dice el Antiguo Testamento (la Biblia de las comunidades cristianas de la época), se ha ido revelando a lo largo de la historia de Israel. Una historia que ha culminado en la muerte y resurrección de Jesús, que constituye la experiencia fundamental que late en el fondo de toda la obra. Es en este sentido que sabe él que su visión profética de la realidad que describe está inspirada por Dios y es, por tanto, *revelada* (expresión de una "lógica divina" que ha sido comunicada al ser humano por puro don gratuito de Dios en Jesucristo).

Y le llama también *revelación de Jesucristo* no sólo porque tiene como contenido de la obra el significado de Jesús, muerto y resucitado, sino también porque la revelación de dicho contenido le ha llegado a través de Jesús mismo, que se convierte así en el auténtico autor de la obra (a través de su Espíritu, como ha ocurrido también en el cuarto evangelio)²⁰.

Si nos detenemos un poco más en el contenido del Apocalipsis, descubrimos

que el hilo conductor de la reflexión (es el *leitmotiv* de la obra) es que Dios es fiel y misericordioso, liberador y protector del pobre y del oprimido²¹. Se trata, por tanto, de un Dios que si en el pasado histórico de Israel se reveló con unas características y un estilo determinados, así se manifestará también en el futuro. En este sentido nuestro autor, como los autores apocalípticos en general, sobre todo si son inspirados por Dios (me refiero, por tanto, a los bíblicos, que son para nosotros el criterio de discernimiento de toda inspiración que pueda merecer el nombre de divina), es un fiel heredero de dos grandes corrientes del pensamiento bíblico, la profética²² y la sapiencial²³, que él ha sabido aplicar a la nueva situación que vive ahora el pueblo de Dios. Como profeta que es, aunque parezca predecir el futuro, propiamente lo que pretende es ayudar a discernir los signos de los tiempos y mostrar cómo hay que actuar en el presente, aunque ello comporte unas consecuencias políticas y económicas duras y, aparentemente, dichas opciones estén condenadas al fracaso —al menos según la lógica "humana". Si Juan insiste, aún más que en la profecía, en la actuación inminente y cierta de Dios —un Dios que, finalmente, "hará justicia"—, ello se debe a que, como heredero también de las tradiciones apocalípticas y ante la crisis de fe que amenaza a su comunidad, quiere hacer *palpable* la acción de Dios que, en el momento actual, parece haberse olvidado de su pueblo. Este aparente "olvido" es el que resuena en la queja de los mártires que encontramos en Apocalipsis 6, 9-11: "cuando soltó el quinto sello, vi al pie del altar, con vida a los asesinados por proclamar la palabra de Dios y por el testimonio que mantenían; clamaban a grandes voces: Tú el soberano, el santo y leal, ¿para cuándo dejas el juicio de los habitantes de la tierra²⁴ y la venganza de nuestra sangre? Dieron a cada uno una vestidura blanca y les dijeron que tuvieran calma todavía un poco, hasta que se completase el número de sus compañeros de servicio y hermanos suyos a quienes iban a matar como ellos"²⁵. Pero el autor, desde su sabiduría creyente (bíblica) sabe y proclama que Dios no puede haberse olvidado de su pueblo empobrecido y perseguido. Pues Dios sigue siendo el Señor de la historia que, si bien no le ha ahorrado a su pueblo la persecución y el martirio —el creyente sabe que ni siquiera bajó de la cruz a su propio Hijo (véase Mc 15, 29-32)—, sí se ha revelado siempre como Salvador y dador de vida, no permitiendo jamás que la muerte triunfara definitivamente sobre la vida (no en vano el cristiano confiesa que Dios resucitó a Jesús como primicia de la nueva creación que quiere irrumpir en nuestro mundo), ni el mal sobre el bien. Por eso Juan insiste en su libro en que los hechos "tienen que suceder pronto" (Ap 1,1; 22, 6.20)²⁶. No se trata, evidentemente, de un determinismo filosófico, que no sería bíblico²⁷. Lo que el autor quiere decir a sus oyentes es que los hechos que ocurren en el mundo están unidos y trabados en un plan de Dios que, visto a largo plazo (desde el cielo, la perspectiva de Dios, no tiene laguna. Pero este plan no ha sido revelado a los seres humanos en todos sus detalles concretos, sino sólo en aquellos puntos de referencia y líneas generales fundamentales que permiten, con ayuda de un discernimiento creyente complejo (sapiencial), vislumbrar el senti-

do último (religioso) de la realidad que vive el creyente. Así éste puede hacer, adecuadamente, las opciones concretas que la situación exige.

Desde esta perspectiva global y hondamente creyente, se comprende que el autor se atreva a denominar su obra una *Buena Noticia Eterna* (14, 6). Se trata, efectivamente, de una Buena Noticia. Pero una Buena Noticia escrita por y para "los que tienen hambre y sed de justicia", pues sólo éstos pueden saber y creer que Dios los saciará, como había prometido Jesús (véase Mt 5, 6.10). Esta atmósfera claramente profética es la que lleva al autor a enmarcar su obra con unas bienaventuranzas (no es casual, como veremos luego, que haya un total de siete bienaventuranzas: véase Ap 1, 3 y 22, 14; véase también 14, 13; 16, 15; 19, 9; 20, 6; 22, 7), la primera de las cuales subraya el valor del Apocalipsis: "Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, porque el tiempo está cerca" (Ap 1, 3)²⁸.

En todo caso, lo que sí queda claro en el Apocalipsis es que el autor no pretende darnos, en absoluto, el video de los últimos tiempos. Lo único que pretende es des—velar el "velo" que oculta el sentido y el final de la historia, tal como éstos pueden ser anticipados a la luz de la fe. Pues con ello espera poder ayudar a los miembros de su comunidad a no dejarse engañar por las seducciones y amenazas del imperio romano. Esta finalidad explica también que el Apocalipsis esté lleno de himnos litúrgicos²⁹, unos himnos en los cuales se proclama, por activa y pasiva, que Dios (y Jesús) es el auténtico Señor del mundo y de la comunidad que ha lavado sus vestidos con la sangre del Cordero (véase Ap 7, 14). Pues estos himnos son como los cantos de resistencia de la comunidad — como ocurre por ejemplo en El Salvador, oprimido también por el Imperio del Norte y sus aliados, con los corridos de Monseñor Romero, de Rutilio Grande o del Padre Nacho y, en general, con los cantos de las comunidades de base comprometidas en la lucha por el reino de Dios en toda Latinoamérica— que no se cansa de proclamar que Jesús es "el Señor" y no Domiciano (o el déspota de turno). Son comunidades que cantan con alegría la venida futura del Cristo liberador, fuente de esperanza para la comunidad (véase Ap 22, 16-21).

I. Claves de lectura del Apocalipsis

A partir de lo que acabamos de decir se pueden comprender mejor una serie de características que son típicas de toda literatura apocalíptica y que encontramos también en nuestro Apocalipsis.

La pseudonimia

La primera de estas características es la pseudonimia o atribución de la obra a un autor distinto del real. El motivo por el cual el nombre del autor del libro, que es presentado como receptor de las visiones y audiciones, es fingido, es doble fundamentalmente. En primer lugar, un escrito de resistencia, crítico con

un poder absolutamente dominante y opresor, no suele estar firmado. Lleva un pseudónimo por prudencia³⁰. Y en segundo lugar, al atribuir la obra a uno de los grandes personajes del pasado de la historia religiosa del pueblo, que estuvieron cerca de Dios y ayudaron al pueblo a descubrir cómo Dios actúa en la historia, le está diciendo con ello al lector que debe leer también este libro en clave de revelación religiosa, por cuanto se inspira en el mismo Dios que, en el pasado, habló al pueblo a través de estos grandes personajes, pues él se considera heredero de lo mejor de Israel³¹. Por ello la apocalíptica judía, tanto la bíblica, como la no inspirada o apócrifa, atribuye los escritos a personajes como Adán, Henoc, Moisés, Baruc, Esdras, Daniel, etc.

De estos personajes se afirma, en los escritos correspondientes, que han recibido en forma de visión y audición la revelación de los planes de Dios para la historia. Como dichos escritos, evidentemente, han aparecido en una época posterior a la que fingen escribir (véase lo que inmediatamente se dice a continuación) y el hecho de que no hubieran sido conocidos antes pudiera sorprender al lector, los textos apocalípticos suelen indicar al lector que el visionario ha recibido la orden de Dios (a través del "ángel intérprete" muchas veces) de que el libro en cuestión debe permanecer oculto durante un tiempo determinado, pues sólo debe ser revelado al final de los tiempos (véase Dn 12, 9; 4 Esd 12, 35-38). Otra manera de decir lo mismo es afirmando que el libro está sellado.

Después de lo que acabamos de indicar, sorprende —y ello sería una confirmación más de que el Apocalipsis es un libro más profético que apocalíptico—³² que nuestro autor se denomine, simplemente, Juan, el profeta, y que se califique a sí mismo como siervo y hermano en la tribulación del resto de la comunidad (véase Ap 22, 9; 1, 9). Dentro de la misma línea estaría el hecho de que recibe de Dios la siguiente orden explícita: "no selles las palabras proféticas de este libro, porque el Tiempo está cerca" (Ap 22,10)³³.

La datación y la localización ficticias

Otra característica, íntimamente relacionada con la anterior, es que el autor presenta su libro como si hubiese sido escrito en una fecha muy anterior a la real y, a menudo también, en un lugar distinto³⁴. El motivo es doble también. En primer lugar, cuando uno escribe un escrito crítico con el poder opresor no suele dar su dirección, a fin de evitar su fácil localización. Si, además, da la impresión, al no iniciado, de que es un personaje del pasado remoto, le ahorrará al imperio la tentación de intentar localizarlo. Pero, en segundo lugar, y sobre todo, este recurso literario le permite al autor, al hacer ver que escribe su obra en una fecha muy anterior a la real, reflexionar sobre la historia, que ya conocen él y la comunidad, y así mostrar al lector que ésta siempre ha estado llena de pruebas para el creyente. A la vez le puede mostrar también que, con la ayuda de Dios, que es el Señor de la historia, Israel (y el pueblo cristiano después, en

la apocalíptica cristiana) siempre ha salido victorioso de dichas pruebas. Pues, así como la sabiduría popular dice que "no hay mal que dure cien años", así también afirma —y es una confesión de fe— que no hay imperio que pueda sobrevivir, a la larga, si ha sido edificado sobre la injusticia y la mentira de los valores satánicos, pues éstos, aunque ahora den una felicidad aparente, son como un cáncer que los va corroyendo por dentro hasta acabar con ellos.

Este recurso literario, por tanto, le permite transmitir al lector la impresión de que está "prediciendo" el futuro que le aguarda al imperio opresor de la comunidad y que su caída acontecerá con la misma certeza con que ha ido describiendo el pasado. Pero con ello, evidentemente, no quiere decir que le ha sido revelado exactamente cómo o cuándo caerá y será destruido el imperio que en este momento amenaza a la comunidad (por ello podemos saber nosotros ahora, viendo a partir de qué momento no puede identificar exactamente los detalles históricos de la caída del imperio en cuestión, cuándo está escribiendo él su obra)³⁵. Sino que lo que con este recurso quiere decir el autor a su comunidad —y en esto se muestra como inspirado por la fe bíblica— es que con la misma lógica "divina" con que se ha ido desarrollando la historia en el pasado, se realizará también en el futuro. Y en esto la historia, ciertamente les ha dado la razón a Daniel y a Juan. No debe sorprendernos, por tanto, que el autor del libro de Daniel haga ver que está escribiendo su libro en Babilonia, en tiempo del rey Nabuconodósor, es decir, en el siglo VI a. C. Pero, en realidad, nos consta que está escribiendo en Palestina, en tiempo del rey seléucida Antíoco Epifanes, es decir, hacia el 170 a. C.³⁶

Quizás este recurso se encuentre también —aunque suavizado por el talante eminentemente profético que domina la obra— en el Apocalipsis. Pues, como veremos luego, la interpretación de la cifra de la bestia, que según Apocalipsis 13, 18 permite al lector inteligente saber a qué hombre se refiere, parece hacer alusión al emperador Domiciano, que es visto como la reencarnación de Nerón. Pero el autor escribe como si estuviera viviendo en la época del emperador Vespasiano y estuviera prediciendo lo que ocurrirá en tiempos de Domiciano, época en la cual se concluye el Apocalipsis. Así hay que interpretar, a mi juicio³⁷, el texto de Apocalipsis 17, 9-11: "Aquí se requiere inteligencia, tener sabiduría. Las siete cabezas con siete colinas sobre las que se asienta la mujer. Son también siete reyes: cinco han caído, uno es, y el otro no ha llegado aún. Cuando llegue, habrá de durar poco tiempo. Y la Bestia, que era y ya no es, hace el octavo, pero es uno de los siete; y camina hacia su destrucción". Una destrucción que llegará a su plenitud con la caída misma del imperio romano que el autor "predice" en Apocalipsis 16, 17-18, 24.

La sistematización

Otra característica fundamental de la apocalíptica es la sistematización. Las

cifras simbólicas que aparecen continuamente, la periodización de la historia en etapas que se van repitiendo de modo regular y fijo, los motivos que van resonando una y otra vez, quieren mostrar al lector-oyente los parámetros fijos de la historia (esto aparece muy claramente en el paralelismo entre el segundo, el tercer y el cuarto septenario que descubriremos, luego, al analizar la estructura del Apocalipsis) que, si bien avanza hacia un término de plenitud, revela, a la vez, determinadas constantes en las distintas etapas de la historia que serán válidas, por tanto, para la etapa en la cual vive el autor y su comunidad. El progreso se ve, por ejemplo, en que en los tres septenarios centrales la gravedad de las plagas va en aumento³⁸ o en el hecho de que en los septenarios segundo y tercero no se describe el contenido del séptimo sello y de la séptima trompeta, sino que se menciona tan sólo que se abre el sello y suena la trompeta, a fin de que el lector caiga en la cuenta de que el Apocalipsis no nos está hablando de momentos distintos y sucesivos de la historia, sino de los mismos acontecimientos, pero vistos éstos desde perspectivas distintas³⁹. Y toda la obra culmina en el juicio final (Ap 20, 11-15) y en el cielo nuevo y la tierra nueva que nos aguardan al final de la historia (Ap 21, 1ss). Con todo ello, Juan quiere afianzar en la comunidad la confianza en Dios, que es el que rige la historia con mano firme, a fin de que el lector confíe en que se realizarán las predicciones escatológicas que contiene el libro.

Significado de los números

Dentro de la sistematización podemos considerar el papel que en el Apocalipsis desempeñan los números. El autor los emplea profusamente en su obra⁴⁰.

Uno de los números más importantes es, sin duda, el siete. Simboliza la plenitud y, a la vez, es utilizado, junto con el número doce, para simbolizar un motivo teológico fundamental en el Apocalipsis: la alianza. El siete y el doce simbolizan la alianza porque son la suma o la multiplicación de dos números claramente simbólicos: el tres y el cuatro. El tres simboliza plenitud y es la cifra que suele utilizarse en el mundo bíblico para Dios. Pues aunque tanto el cristianismo como el judaísmo son radicalmente monoteístas, sin embargo, con el tres simbolizan la riqueza y el dinamismo de Dios, su misterio más profundo. En este sentido hay que interpretar a los tres visitantes misteriosos que encontramos en Génesis 18, 2 o la doctrina de la Santísima Trinidad. Por ello, el tres adquiere también un cierto valor absoluto. En este sentido, si Isaías 6, 3, citado por Apocalipsis 4, 8b, dice de Dios que es "santo, santo, santo", con ello se indica que Dios es el totalmente santo. De modo semejante, si Pedro niega tres veces a Jesús (véase Mc 14, 66-72), se quiere decir con ello que lo niega radicalmente. Y si según Juan 21, 15-17 le confiesa a Jesús tres veces su amor, con ello se indica que Jesús le ha concedido la reconciliación total. En cambio, el número cuatro (p. ej., Ap 4, 6ss; véase Ez 1, 5; Is 6, 2-3) simboliza el mundo creado (los cuatro vientos o cuatro puntos cardinales de la tierra que era vista como cuadrada)⁴¹.

Teniendo esto presente, se comprende que la unión de los dos números (tanto la suma como la multiplicación) resulte muy adecuada para simbolizar la Alianza, la unión de Dios con la tierra. De ahí que los patriarcas del Antiguo Testamento sean doce, al igual que los apóstoles, que simbolizan, proféticamente, la pretensión de Jesús de reunir el pueblo de Israel, cumpliendo así las promesas hechas por Dios en el Antiguo Testamento. De ahí también que en Hechos 6 el número de los diáconos, que son los líderes, no tanto económicos, sino teológico-pastorales de la Iglesia judeocristiana helenista⁴², sea siete (el doce ya estaba reservado al primer grupo con el que Lucas quiere mostrar la comunión de la Iglesia helenista). En este sentido, el mero hecho de que el libro del Apocalipsis esté estructurado, como desarrollaremos luego, en septenarios, es ya una Buena Noticia para el lector. Pues le está diciendo, de modo subliminar, pero muy eficaz, que a pesar de todas las dificultades, persecuciones y amenazas por parte de los poderes del mal, a pesar, incluso, de los fallos de la propia Iglesia que narra (este aspecto lo desarrollan sobre todo las cartas del primer septenario: Ap 2-3), Dios, que es fiel, no olvida nunca la Alianza con su pueblo y lo sigue protegiendo. Todo ello es muy importante subrayarlo, pues en el momento en que Juan escribe a la comunidad esto resulta difícil de descubrir y de creer.

En cambio, el que los males descritos en el libro duren sólo tres años y medio (la mitad de siete) o 42 meses, que es el equivalente de tres años y medio (véase Ap 11, 3; 13, 5) o 1,260 días, que significa lo mismo (véase Ap 11, 3; 12, 6), es también una "buena noticia". Evidentemente, no quiere ser un cálculo exacto del tiempo que durarán los males que aquejan a la comunidad (como hemos visto, en los textos inspirados Dios no revela nunca fechas exactas, pues Dios no es manipulable y el autor, por tanto, no sabe nunca con exactitud qué va a ocurrir ni cuándo sucederá). Simplemente es el anuncio a la comunidad de que el mal no durará mucho tiempo. Esta limitación de los sufrimientos es un motivo típico de la apocalíptica. Con ello se pretende ayudar al creyente a mantener viva la esperanza, pues se le indica que Dios no permite nunca, por amor a los elegidos, que la persecución y los sufrimientos duren excesivamente (véase Mc 13, 20).

También hay que interpretar en el marco de la "Buena Noticia" —en contra de la manipulación que de este texto hacen alguna sectas— que el número de los elegidos sea 144,000, doce mil por cada tribu (véase Ap 7, 4-8) de Israel. Pues dicho número equivale a la multiplicación de doce por doce por mil (mil indica una gran multitud). Con ello, el autor no quiere subrayar que el número de los elegidos es un número limitado, sino todo lo contrario. Se trata de un número que indica, simbólicamente, una gran multitud, como viene confirmado inmediatamente después en Apocalipsis 7, 9: "Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y

con palmas en sus manos"⁴³. Conviene destacar ya aquí que es un rasgo típico de la apocalíptica, como vamos a ver a continuación, que utilice el lenguaje simbólico. Eso vale también, como es obvio, para los números. Por eso, y en el mismo sentido, si en Apocalipsis 14, 20 se indica que los ángeles del juicio "pisaron el lagar fuera de la ciudad y del lagar corrió tanta sangre que subió hasta los bocados de los caballos en un radio de 1,600 estadios", con ello el autor quiere indicar —la imagen del lagar pisoteado hace alusión al juicio de Dios (véase Is 63, 3; también Ap 19, 15)— que todo el mundo será objeto del juicio y nadie podrá escapar a él, pues 1,600 es la multiplicación de cuatro por cuatro por cien.

El lenguaje críptico y simbólico

El lenguaje críptico y simbólico es uno de los rasgos más específicos de la literatura apocalíptica. Los símbolos suelen estar tomados de los libros del Antiguo Testamento. En el Apocalipsis son sobre todo los libros del Exodo, de Ezequiel y de Daniel los que son más utilizados por el autor para sus afirmaciones y símbolos. La predilección por estos tres libros se debe a que es precisamente en estos textos donde aparece, con claridad meridiana, la intervención salvadora de Dios en la historia. Pues en ellos se narran tres grandes acciones liberadoras de Dios en favor del pueblo de Israel: cuando era esclavo en Egipto, cuando estaba exiliado en Babilonia y cuando fue oprimido por los reyes se-léucidas.

Los símbolos suelen contener imágenes complicadas, a menudo barrocas, sacadas de la naturaleza (animales y plantas) o del arte (estatuas), como se puede ver muy bien en Daniel. Ello no tiene por qué sorprendernos, pues el punto de partida del simbolismo apocalíptico es el sueño, que en el mundo de la Biblia era interpretado como una revelación de Dios (véase Gn 20, 3; 28, 12ss; 37, 5-10; Dn 7,1ss; Mt 1, 18-23; 2, 12,13ss.19ss). El sueño evolucionó en visión, a veces con imágenes sobrecargadas, por lo que el sabio tiene la función de interpretarlas, cosa que suele hacer por medio del denominado "ángel intérprete" al que se le atribuye la misión de ir interpretando el significado de las imágenes (véase Ap 17, 7ss)⁴⁴.

El lenguaje simbólico, además de ser más sugerente, tiene la ventaja de que, de alguna manera, universaliza el mensaje. Pues aunque los símbolos se estén refiriendo, primariamente, a una realidad que está viviendo el autor, sin embargo, el lenguaje simbólico ayuda a concienciar que su mensaje es válido para todas las épocas. Por lo menos mientras Israel o la Iglesia sean peregrinas en esta tierra. Esto aparece muy claro en algunos de los simbolismos utilizados por el Apocalipsis y que han sido tomados de la tradición profética y apocalíptica del Antiguo Testamento, aplicados allí a los imperios de turno que amenazaban al pueblo de Israel. Así, por ejemplo, si en Apocalipsis 17 y 18 el autor quiere

hablar del imperio romano que persigue a la comunidad, lo hará denominándola "la gran Babilonia, la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra" (17, 5), empleando unas imágenes que ya Isaías y Ezequiel habían utilizado para identificar las ciudades opresoras de Israel, sobre todo Babilonia, que se convirtió en símbolo del mal y del peligro de idolatría para el pueblo creyente. Dentro de la misma línea puede denominarla también "la Bestia de la tierra" (Ap 13,1ss) y la pintará diciendo que "se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león" (Ap 13, 2), aplicándole así los símbolos que en Daniel 7, 4-6 se atribuían a los imperios babilonio, medo y persa. Así subraya que el poder de Roma es como el de los tres imperios juntos. En todo caso, los símbolos con que pinta a la Bestia muestran, por un lado, que ella quiere hacer la competencia al Cordero degollado. Por otro lado, indica también que su poder, en el fondo, le viene del dragón o serpiente antigua, es decir, del diablo (véase 13, 2 con 12, 9 y todo el cap. 12). Y si la Bestia tiene siete cabezas (siete es el símbolo de plenitud, como hemos visto), es que con ello quiere ayudar al lector a identificar de qué realidad política esta hablando, pues en Apocalipsis 17, 9 nos dirá que dichas cabezas simbolizan "siete colinas" (Roma era conocida en la Antigüedad como la ciudad de las siete colinas) o "siete emperadores", indicando en Apocalipsis 17, 10-11 que está aludiendo a Domiciano, a quien, por su crueldad y persecución de los cristianos, la comunidad aplica la leyenda que suponía que Nerón volvería a la vida y su reino sería aún más horroroso de lo que lo fue la primera vez⁴⁵.

Y por si al lector oyente le podían quedar dudas de que él se está refiriendo al emperador reinante, nos dirá en Apocalipsis 13, 18: "¡Aquí se requiere sabiduría! Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia; pues se trata de la cifra de un hombre. Su cifra es 666". Con ello el iniciado puede saber que se está refiriendo a Domiciano, el Nerón redivivo, pues la suma de las letras que componen el nombre de "Nerón César", si se toma su equivalencia en las letras hebreas, equivale exactamente a la cifra 666⁴⁶.

Con todo este simbolismo, Juan, además de dar la Buena Noticia al lector de que este imperio injusto caerá (véase Ap 16, 18 y la alegría con que canta su caída en Ap 18), le ayuda también a caer en la cuenta —a él y a los que vengan después de él— de que, cuando esto ocurra, no por ello debe bajar la guardia y militancia cristiana. Pues cuando caiga Roma, Babilonia puede volver a resurgir: el monstruo, el dragón, renace sin cesar en un mundo injusto —y la historia reciente de Centroamérica lo muestra a cabalidad—, mientras no se haya hecho realidad el triunfo pleno de Dios (véase Ap 20, 7-10) y no haya bajado a la tierra la Jerusalén celestial, el cielo nuevo y la tierra nueva (véase Ap 21, 1-22, 5) que Dios tiene prometidos para el fin de los tiempos. En esta perspectiva, por tanto, Juan le dice al cristiano que no debe ser ingenuo. Mientras el reino de Dios no se haya realizado plenamente en la tierra —y esto ocurrirá sólo al fin del mundo—, el conflicto entre el "mundo", en sentido joane (véase Jn 1, 10;

3, 19s; 15, 18ss, etc.) y el "evangelio" no es nunca un conflicto meramente anecdótico, sino que es un conflicto de principio. En este sentido, el simbolismo resulta particularmente significativo, pues ayuda a concienciar que el mensaje del Apocalipsis es un mensaje válido para todas las épocas, mientras la Iglesia sea peregrina en esta tierra. Pues se trata de una tierra (estoy pensando en Mons. Romero, en los mártires de la UCA y en las mayorías empobrecidas del tercer mundo, víctimas del hambre y de la violencia institucionalizada) en la cual los "ídolos de la muerte", que proféticamente denunció Juan en Apocalipsis 18, siguen necesitando víctimas para poder saciar su voracidad y su lujo.

Los colores son también simbólicos. El blanco significa la victoria, la gloria de los elegidos que participan de la vida de Dios (véase en Ap 7, 9. 13 -18; 19, 8). Por eso podemos saber que el caballo blanco que monta el primer jinete del septenario de los sellos (Ap 6, 1-2) ha de ser montado por Cristo, que es el que aparece también sobre un caballo blanco en la primera visión del quinto septenario (véase Ap 19, 11-16)⁴⁷. El color blanco puede significar, además, la eternidad del personaje (en este caso el Hijo del hombre) que es pintado con unos cabellos que "eran blancos, como la lana blanca, como la nieve" (Ap 1, 14). En cuanto al rojo de fuego, color de sangre, es símbolo de asesinato, de violencia (véase Ap 6, 4). Por ello, si en Apocalipsis 17, 4 se nos dice que la prostituta, que simboliza, como hemos visto, al imperio romano, "estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas", con ello nos está concienciando de que este lujo está hecho también a costa de sangre de los cristianos, empobrecidos y perseguidos por su fidelidad a los valores de Jesús ("vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús" nos dirá en Ap 17, 6; véase también 13, 15-17). En la misma línea se nos dirá también que la serpiente, que simboliza a Satanás (véase Ap 12, 3), es roja, pues las comunidades joánicas saben perfectamente (véase Jn 8, 40-41) que el diablo es asesino por naturaleza. Por lo que se refiere al caballo pintado de negro (véase Ap 6, 5- 6) se ve claramente que simboliza el sufrimiento que comporta la inflación y la carestía de la cesta de la compra (una pequeña parte de los alimentos básicos para los pobres —como lo eran en Asia Menor el trigo y la cebada— cuestan un denario, es decir, el salario de un día de trabajo, como sabemos por Mt 20). Por último, el gris-amarillento es símbolo de peste y de muerte (véase Ap 6, 7-8).

Algunos de los símbolos son fáciles de interpretar, sobre todo si se conoce bien el Antiguo Testamento. Así los cuernos son símbolos clásicos del poder y por ello Juan representa tanto a Cristo con siete (!) cuernos (véase Ap 5, 6) como a Satanás (véase Ap 12, 3) o la Bestia de la tierra con diez cuernos y siete cabezas (véase Ap 13, 1 ; 17, 3), significando las diez coronas de sus cuernos (véase Ap 13, 1 con 17, 2) los reyes vasallos que recibirán su poder de Roma. En cuanto a la mujer que en Apocalipsis 12 está coronada de doce estrellas (símbolo de las doce tribus de Israel; véase también los doce patriarcas y los

Por todo lo que acabamos de ver se confirma la tesis que sosteníamos al principio. Que las imágenes y cifras que nos ofrece el Apocalipsis no deben ser tomadas al pie de la letra ni pueden ser interpretadas como una predicción, a modo de video, de cómo será exactamente el futuro de la Iglesia y el fin del mundo. De hecho, del fin del mundo habla el Apocalipsis propiamente sólo en las dos últimas visiones del quinto septenario (véase Ap 20, 11-22, 15).

Por ello, si en Apocalipsis 6, 12-17 leemos: "Seguía mirando, cuando abrió el sexto sello; y se produjo un violento terremoto; el sol se puso negro como un paño de crin, y la luna toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera suelta sus higos aún verdes al ser sacudida por un viento fuerte; el cielo fue retirado como un libro que se enrolla, y en todos los montes y las islas fueron removidos de sus asientos; los reyes de la tierra, los magnates, los tribunos, los ricos, los poderosos y todos, esclavos o libres (¡siete grupos!), se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Y dicen a los montes y a las peñas: Caigan sobre nosotros y ocúltennos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero. Porque ha llegado el gran día de su cólera y ¿quién podrá sostenerse?", no hemos de pensar que al autor le ha sido revelado cómo será exactamente el fin del mundo y que, por tanto, nos lo está describiendo anticipadamente. Está empleando, simplemente, como se puede ver por los textos del Antiguo Testamento que utiliza (por ejemplo Is 34, 4; 2, 10.18.19; Jl 2, 11; 3, 4; véase también Mc 13, 24-25), las imágenes típicas que emplearon los profetas para anunciar que, dada la maldad de este mundo, no podrá quedar nada de él el día del juicio final. Pues el mundo antiguo tendrá que desaparecer para dar lugar a la nueva creación, el cielo nuevo y la tierra nueva en los cuales "no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado" (Ap 2, 4). Son pues, imágenes estereotipadas que los autores del Nuevo Testamento utilizan también cuando quieren indicar, mediante imágenes, que el acontecimiento que narran tiene una dimensión apocalíptica, es decir, definitiva, por cuanto es el comienzo de la irrupción definitiva de Dios en la historia.

Esto es lo que el autor del segundo Evangelio quiere decir cuando, para significar que la muerte de Jesús en la cruz era el comienzo del mundo nuevo, anunciado por Dios (véase Am 8, 9s), señala que "llegada la hora sexta, la oscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora nona" (Mc 15, 33). Con ello, evidentemente, no está queriendo decir que, históricamente un eclipse de sol de tres horas de duración antecedió a la muerte de Jesús en la cruz⁵¹, sino que quiere significar el valor definitivo de la cruz. Lo mismo hay que decir con respecto al relato de pentecostés, ofrecido por Lucas en Hechos y que Pedro, en su discurso —y para señalar el significado definitivo del acontecimiento de la venida del Espíritu Santo sobre el primer grupo cristiano— explicita con una terminología apocalíptica, familiar en el mundo judío de los primeros cristianos: "No están éstos borrachos, como ustedes suponen, pues es la hora tercia del día,

sino que es lo que dijo el profeta (Pedro está citando Jl 3, 1-5 e Is 2, 2): Sucederá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, profetizarán sus hijos y sus hijas; los jóvenes tendrán visiones y los ancianos sueños. Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu. Haré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que llegue el Día grande del Señor. Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará" (Hch 2, 16-21). Todas estas imágenes lo único que quieren desvelar es que estamos en el momento definitivo de la historia humana⁵². Es el momento decisivo en la crisis final, del discernimiento que revelará a cada uno el rostro de Dios: como Salvador, si ha sido fiel al Cordero degollado, o como Juez si, como la Roma imperial, ha perseguido a los cristianos y, en su orgullo, ha pretendido ser igual a Dios (véase Ap 13, 4-8), exigiendo que se le adore por medio de la propaganda, incluso religiosa, simbolizada por la Bestia de la tierra (véase Ap 13, 11-17) que, más adelante, es denominada el Falso Profeta (véase Ap 19, 20; 20, 10). De éste se afirma —¡y sólo de éste en el Apocalipsis!: véase Ap 13, 13-14; 16, 14; 19, 20; véase también Mc 13, 22/Mt 24, 24— que ha sido capaz de realizar milagros con el fin de engañar a los incautos que no han sabido descubrir el verdadero rostro de Satanás, el padre de la mentira (Jn 8, 44).

Por todo lo que acabamos de ver, podemos ahora entender mejor por qué el autor del Apocalipsis tenía interés en dar un mensaje "cifrado". Pues su mensaje tenía que resultar demasiado revolucionario y subversivo para el imperio romano. Por ello, si unimos las continuas alusiones al Antiguo Testamento (en principio desconocido para las fuerzas romanas de ocupación o de represión) a los numerosos símbolos que pueblan el Apocalipsis, nos queda claro, entonces, que el texto tenía que resultar, de entrada, ininteligible para las fuerzas represoras del imperio, pero no para la comunidad de Juan. Pues el mensaje cifrado tiene la ventaja de que sólo es accesible a los miembros iniciados de la comunidad. Pero resulta ininteligible para los "orejas" o "censores" del imperio de turno, en este caso del imperio romano.

Importancia de los ángeles y demonios

En el marco de las claves de lectura del Apocalipsis, que estamos señalando, conviene notar también que todo el libro está poblado de ángeles y demonios que participan activamente en la lucha entre el bien y el mal. Es un rasgo típico de la literatura apocalíptica. Pues sus autores "gozan" de una visión más bien pesimista de la historia⁵³, cosa comprensible si se tiene en cuenta la dura persecución que les ha tocado sufrir. Por ello se ven confrontados con un doble reto.

Por un lado quieren alertar a la comunidad frente a las seducciones sutiles del imperio de turno que quiere engañar —como procuran hacerlo todos los imperios— con su propaganda a sus súbditos, entre los cuales se cuentan las

comunidades creyentes. Por ello pintan, un poco —o un mucho— dualistamente⁵⁴ (si se me permite la comparación, como en las películas clásicas del oeste) la realidad que está viviendo la comunidad, a fin de que quede bien claro de qué lado se ha de situar uno en esta lucha entre el bien y el mal que tiene lugar aquí y ahora en el mundo.

Y, por otro lado, quieren salvar, a la vez, la trascendencia de Dios y su intervención en la historia. Pues para ellos Dios es un ser absolutamente trascendente. Es el aspecto que las visiones de la sala del trono divino quieren subrayar en el Apocalipsis. Destacan la inaccesibilidad y la grandeza de Dios que todo lo gobierna (véase Ap 4). Por este motivo, Dios sólo puede actuar en el mundo a través de sus enviados (los ángeles), evitando así que las fuerzas del mal (los demonios) acaben triunfando sobre los creyentes. Esta concepción no resultaba nada sorprendente en la época, pues les parecía obvio que todo en el mundo (incluso los vientos, los ríos o las estrellas) estaba impulsado por ángeles.

El carácter litúrgico

Por último, quisiera subrayar un elemento que ya mencioné antes, el talante claramente litúrgico del Apocalipsis⁵⁵. Aparece ya desde la primera bienaventuranza con que el autor inicia su obra: "Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y hagan caso de lo que está escrito en ella, porque el Tiempo está cerca" (Ap 1, 3). No sólo las liturgias celestiales con que concluyen los distintos septenarios, sino también el resto de la obra contiene numerosos himnos y aclamaciones litúrgicas. Juan no se cansa de proclamar en ellos que Dios es el único Señor de la historia y que Cristo es su único "lugarteniente" en el cielo y en la tierra. Son, sin duda, "cantos de resistencia" de y para la comunidad que quieren ayudarla a mantener vivo su espíritu crítico y su esperanza en la victoria final del bien sobre el mal. A la vez, al ser tan numerosos, contribuyen a crear la atmósfera de "Buena Noticia" que el autor quiere que domine a lo largo de toda la obra.

El tono litúrgico de los textos comporta para la comunidad otra enseñanza que para Juan es importante. Le recuerda que las celebraciones litúrgicas son anticipaciones del final de la historia que, con la resurrección de Jesús, ha irrumpido ya en nuestro mundo. Por otro lado, son también medios eficaces de la intervención de Dios en la historia, a la vez que una ayuda para movilizar el pueblo cristiano. Pues son un llamado a resistir y a contrarrestar las asechanzas del imperio con todos los medios posibles, entre los cuales destaca el culto, ya que en el Apocalipsis estamos muy lejos de las liturgias, a menudo alienantes, de muchos grupos pentecostalistas o carismáticos actuales.

Es un motivo típico de la apocalíptica que, en medio de la persecución, la oración es más necesaria que nunca. Lo subraya también Lucas en el discurso apocalíptico, cuando pone en boca de Jesús estas palabras: "estén en vela, pues,

de los duplicados se podrían reconstruir dos textos primitivos; pero en las pp. 146s reconoce que el problema no está aún solucionado. Para el problema de si las cartas (Ap 2-3) fueron añadidas o no en una segunda edición, véase lo que decimos en la n. 70. Como esta cuestión no es fundamental para mi artículo no la discutiré aquí. Strobel *op. cit.* 181 nota que todos estos análisis ya no son tan populares hoy y que sus resultados son cuestionables.

Sobre la investigación a propósito del Apocalipsis hay tres boletines bibliográficos que informan sobre el estado de las distintas cuestiones: A. Feuillet, *L'Apocalypse. État de la question*, París, 1963; U. Vanni, "L'Apocalypse johannique. État de la question" en: J. Lambrecht (ed.), *L'Apocalypse johannique et l'Apocalyptique*, Lovaina 1980, pp. 21-46 (completa el de Feuillet) y O. Böcher, *Die Johannesapokalypse*, Darmstadt 1976 (informa bien sobre la historia de la investigación de las cuestiones y textos debatidos).

11. Ya la antigua tradición eclesial lo suponía (véase Ireneo, *Adversus Haereses* V 303). Véase Prigent *op. cit.* 254s y 261s; Müller *op. cit.* 40-42 (y la bibliografía allí citada); J. M. González Ruiz, *Apocalipsis de Juan. El libro del testimonio cristiano*, Madrid 1987, pp. 20 y 62. Para Boismard *Apocalipsis* II 165s por lo menos la redacción final del Apocalipsis es de la época de Domiciano. Así también Brüttsch *op. cit.* 404 (véase 403-405).
12. Una actitud de este tipo se encuentra reflejada en textos como los de Lucas-Hechos, Juan, 1Tm 2, 1-2; Tt 3, 1. Sobre el tema de las relaciones de los primeros cristianos con el imperio romano, véase X. Alegre, "Violencia y Nuevo Testamento. Aporte exegético a una cuestión debatida", *Revista Latinoamericana de Teología* 8 (1991) 149-168; *id.* "'Mi Reino no es de este mundo' (Jn 18, 36). Conflictividad de la existencia cristiana en el mundo según el cuarto evangelio", *Estudios Eclesiásticos* 54 (1979) 499-525 (reproducido, en parte, en *Diakonia* 21 (1982) 68-82). Una visión crítica de lo que significaba realmente la *Pax Romana* en los albores del cristianismo, la encontramos en K. Wengst, *Pax Romana. Anspruch und Wirklichkeit*, Munich 1986.
13. Véase Prigent *op. cit.* 209; Strobel *op. cit.* 182. Sobre el culto imperial, como elemento que cimentaba la unidad del Imperio y simbolizaba el patriotismo de los ciudadanos, véase González Ruiz *op. cit.* 13-48, sobre todo 13-21.
14. Las cartas (véase Ap 1, 4) van dirigidas, de hecho, a las siete iglesias que se encuentran en Asia Menor. De todos modos, la cifra siete es simbólica, por lo que el autor es consciente de que, en último término, se dirige a todas las iglesias (véase *Traduction oecuménique de la Bible*, Edition intégrale, París 1972, pp. 777s, n.g.).
15. Véase la frecuencia con que el autor utiliza el título de *Pantocrator*, aplicándolo sólo a Dios (véase Prigent *op. cit.* 21). En el Antiguo Testamento se aplica a Dios, según puede verse en la traducción de los LXX (véase Am 3, 13; 4, 13; 5, 14-16, etc.).
16. *Esperanza de un pueblo que lucha. El Apocalipsis de Juan, una clave de lectura*, Buenos Aires, sin año p. 11.
17. Pero los comentaristas subrayan, con razón, que la obra es más profética que apocalíptica (véase Prigent *op. cit.* 11 y la bibliografía citada allí; Müller *op. cit.* 27; González Ruiz *op. cit.* 63-65). A este carácter eminentemente profético ha contribuido, sin duda, la cristología del autor, marcada por la resurrección de Jesús

- (véase lo que hemos dicho en la n. 3), que da un tono marcadamente optimista a toda la obra. Como nota Prigent (*op. cit.* 11), mientras los Apocalipsis judíos quieren revelar el plan de Dios que existe desde toda la eternidad, Juan, en cambio, quiere dar sólo una revelación relativa a Cristo que ha venido, está presente y viene.
18. Por esto utiliza el lenguaje simbólico, pues le permite trascender la realidad concreta a la que se está refiriendo y dar una lección permanente para todas las épocas de la historia. Por otro lado, el lenguaje simbólico es muy apto también para expresar realidades trascendentes que superan la capacidad del lenguaje humano (por eso los apocalípticos ponen a menudo un "como" delante de las imágenes). Por eso también el Cuarto Evangelio utiliza el lenguaje simbólico (véase X. Leon-Dufour, *Lectura del Evangelio de Juan*, Salamanca 1989, vol. I, pp. 18-20).
 19. Véase J. Sobrino, *Compañeros de Jesús. El asesinato-martirio de los jesuitas salvadoreños*, Santander 1989, sobre todo pp. 21ss.
 20. Se trata, pues, no sólo de un genitivo subjetivo, sino también de un genitivo objetivo en el original griego (véase Müller *op. cit.* 66s; Prigent *op. cit.* 9; Comblin *op. cit.* 31; Brüttsch *op. cit.* 19). El título del libro se refiere, por tanto, al contenido de la revelación, que se concentra eminentemente en Jesús, pero teniendo en cuenta el origen de dicha revelación: es Palabra de Dios testimoniada por Jesús. Sobre el Espíritu y su papel en la autoría de las obras del círculo joánico, véase E. Hoskyns (ed. F. N. Davey), *The Fourth Gospel*, Londres 1947, p. 19 y J. O. Tuñí, *Jesús y el Evangelio en la comunidad juánica*, Salamanca 1987, pp. 30-33 y 63s.
 21. Por eso, los libros del Exodo, Ezequiel y Daniel constituyen el trasfondo fundamental de toda la obra. Pues, como nota Prigent (*op. cit.* 378) el Apocalipsis tiene una predilección marcada por los grandes momentos de la historia de la salvación. Sobre la relación entre el Apocalipsis y el Antiguo Testamento, que Juan relea cristocéntricamente (Prigent *op. cit.* 15), véase Prigent *op. cit.* 367s; también Brüttsch *op. cit.* 412s. Sobre el significado del Exodo para el Apocalipsis, véase D. Sesboué, *Exodo y Apocalipsis*, en: Equipo "Cahiers d'Evangile", *El Apocalipsis*, Estella 1982, pp. 35-39. Todo el Apocalipsis es como un *puzzle* o rompecabezas formado por citas implícitas del Antiguo Testamento.
 22. Véase A. Soggin, "Profecía y apocalíptica en el judaísmo postexílico", *Selecciones de Teología* 23 (1984) 142-143 (original: "Profezia ed Apocalittica nel Giudaismo Postesilico", *Rivista Biblica* 30 (1982) 161-173).
 23. El trasfondo sapiencial lo destaca González Ruiz *op. cit.* 50-53. Que la apocalíptica es una síntesis de sabiduría y de profecía, lo señala también U. Vanni en su artículo "Apocalíptica como teología" aparecido en el *Diccionario teológico interdisciplinar*, Salamanca 1985, vol. I-II, pp. 451-453.
 24. *Los habitantes de la tierra* es una fórmula que el Apocalipsis emplea a menudo (véase 3, 10; 6, 10; 8, 13...) para designar a los que rechazan a Dios (véase Prigent *op. cit.* 169).
 25. El motivo de que el final no vendrá hasta que se haya "completado" algo es típico de la apocalíptica y lo encontramos también en Rm 11, 25ss. Podríamos expresar aquí la idea negativamente diciendo que hasta que no se haya colmado el vaso de los males del mundo, no se desbordará la ira de Dios. Visto en su sentido positivo, se indica con ello que Dios deja siempre tiempo para el arrepentimiento.
 26. Los dos textos forman como una inclusión de toda la obra. Que las cosas *tienen*

- estas revelaciones a algunos de los que vieron en ese secreto". Así se pone de manifiesto que el plan de Dios es "estable".
32. Muchos subrayan hoy que al Apocalipsis no es propiamente una obra pseudónima (véase Müller *op. cit.* 68; Charpentier *op. cit.* 7). De hecho el autor se denomina simplemente siervo y profeta, hermano de los destinatarios del libro (véase Ap 22, 9) y nos describe su vocación profética en Ap 10, 8-11, basándose en la vocación profética de Ezequiel (véase Ez 3, 3).
 33. Con todo, conviene tener en cuenta que el autor no da pistas suficientes para que uno que no pertenezca al círculo de Juan pueda saber de qué Juan se trata. Por ello no podemos excluir, sin más, que no pretendiera dar pie a pensar que su autor no pudiera ser el Apóstol Juan (aunque nunca se denomina a sí mismo "apóstol"). De hecho, la tradición lo atribuyó pronto al Apóstol, aunque muchos cuestionaron también este hecho. Véase Prigent *op. cit.* 11s; Boismard *Apocalipsis* II 163-165; González Ruiz *op. cit.* 60s. Sobre la cuestión del autor del Apocalipsis, véase Müller *op. cit.* 43-52 y, sobre todo la amplia discusión del tema en Brütsch *op. cit.* 397-402.
 34. Nuestro autor sitúa su visión en Patmos (Ap 1, 9): véase Brütsch *op. cit.* 405. Pero podría tratarse de un dato simbólico. Pues se trata de un promontorio marítimo desde el cual se podrían mirar, como en una rosa de los vientos, las siete (!) iglesias a las cuales van dirigidas las cartas (Ap 2-3).
 35. No se trata, pues, de un fraude, sino de un recurso estilístico que está al servicio de la concepción teológica de que Dios es el que determina el curso del mundo (véase Vielhauer *op. cit.* 586).
 36. El libro se presenta como si hubiese sido escrito por Daniel, deportado a Babilonia el año 597 a. C. Pero "cuando se estudió el libro con un enfoque histórico, se vio que la obra tuvo que escribirse en la época de los Macabeos. El libro hebreo-araméico debió terminarse antes de la primavera del año 165 a. C." (L. H. Grollenberg, *Visión nueva de la Biblia*, Barcelona 1971, p. 298).
 37. Así P. M. Bogaert, "La ruine de Jérusalem et les apocalypses juives d'après 70", en: Varios, *Apocalypse et théologie de l'esperance*, París 1977, p. 137; también M. Rissi, *Alpha und Omega*, Basilea 1966, pp. 171s. En cambio, Collins *op. cit.* 339 (véase también los autores que cita allí en la n. 40) es del parecer, sin argumentos convincentes, que el Apocalipsis no está escrito en la época de Domiciano, sino que el autor es contemporáneo del sexto emperador allí mencionado. Strobel *op. cit.* 182 sostiene que lo más aceptable es que Juan, empezando su cuenta de los emperadores con Augusto, haga ver que está escribiendo en la época de Vespasiano, aunque lo haga en tiempo de Domiciano. Pero piensa que es probable que, partiendo de la exaltación de Jesús, el autor empezaría a contar con el emperador que reinó a continuación, Tiberio: en este caso el sexto sería Domiciano, el séptimo Nerva (reinó poco tiempo) y luego aparecería el *Nero redivivus* (*ibid.* 182s). Es lo que piensa también Prigent (véase *op. cit.* 254s. 261s.), pues el cómputo clásico de Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespasiano, Tito (¡reinó poco tiempo!) y Domiciano (que sería el Nerón redivivo), le parece algo artificial (?): véase *ibid.* 253s.
 38. En el segundo septenario queda destruida por las plagas sólo una cuarta parte de la tierra (véase Ap 6, 8); en el tercero sufren sus consecuencias una tercera parte de la tierra y de los hombres (véase Ap 8, 7-12; 9, 15); en el cuarto septenario son

- destruidos todos los que no se convierten (véase Ap 16, 2-8.10-21). Con ello, el autor quiere indicar que, al igual que lo que sucedió con las plagas de Egipto, la finalidad de estas plagas apocalípticas es invitar a los hombres a la conversión (por eso Dios, que es Dios de vida, va retardando el castigo definitivo). Pero al igual que en el Exodo, el faraón y los egipcios endurecieron el corazón (véase Ex 7, 13.22s; 8, 15.28; 9, 12.34s; 10, 20.27; 11, 9s), así ocurrirá también aquí (véase Ap 9, 20s; 16, 9.11.21).
39. Véase Prigent *op. cit.* 372; Müller *op. cit.* 184-186.
40. El número 7 sale 54 veces, el 12 aparece 23 veces; el 4 sale 16 veces; el 3, 11 veces; el 10, 10 veces, el 1000, 6 veces.
41. Véase Ap 4, 6ss y el comentario de Prigent *op. cit.* 16 y de L. Cerfaux J. A. Cambier, *El Apocalipsis de San Juan leído a los cristianos*, Madrid 1972, p. 59. Como nota Rissi *op. cit.* 62s "su número, el cuatro, es el número de la tierra, del cosmos, que todo lo abarca. Con sus figuras de animales y su rostro humano manifiestan la diversidad de la creación, que ellos representan delante del trono de Dios. Con sus ojos omnipresentes abarcan toda la plenitud de la creación, llevados a todas partes por sus pares de alas". En cambio, a propósito de Ap 7, 1 dice que los cuatro vientos son una imagen apocalíptica de los temporales apocalípticos que encontramos ya en Dn 7, 2s (véase *ibid.* 84).
42. Así lo afirma, con razón, J. Roloff, cuando comenta estos textos en su obra *Hechos de los Apóstoles*, Madrid 1984, pp. 152-154. En cuanto al significado de los 24 ancianos que encontramos en Ap 4, 4, véase las distintas interpretaciones en Brüttsch *op. cit.* 84s; Cerfaux-Cambier *op. cit.* 58. Según este último comentario "tenemos las doce tribus de Israel, y como la Iglesia es el nuevo Israel y añade a las tribus los pueblos de la tierra, doce se habrían convertido en veinticuatro. Por razón del marco de las apariciones del templo celestial y de los cuatro elementos litúrgicos presentados en el Apocalipsis, se puede ciertamente pensar en las veinticuatro clases de levitas, en el Antiguo Testamento (*cf.* 1Cr 25); o mejor aún, en las veinticuatro clases sacerdotales (1Cr 24, 3-19), cuyos jefes son llamados 'príncipes' (*cf.* 1Cr 24, 5). Más tarde, a estos jefes se los llama los 'Ancianos'. En algunas visiones apocalípticas del Antiguo Testamento se evoca ya a Dios rodeado de sus ancianos. Así, en el Apocalipsis de Isaías, en Is 24, 23" (*op. cit.* 58). Véase también González Ruiz *op. cit.* 111s.
43. Véase Brüttsch *op. cit.* 140. Los 144,000 no simbolizan sólo los judeocristianos, sino a todos los cristianos (así Prigent *op. cit.* 119; Müller *op. cit.* 178; Brüttsch *op. cit.* 141s).
44. Sobre el sueño como origen de las visiones apocalípticas, véase Vanni *Apocalíptica* 454 (y los textos bíblicos y extrabíblicos citados por él). Sobre lo de las visiones, véase lo que dice Brüttsch *op. cit.* 425-427.
45. Con Domiciano arreció la persecución religiosa (véase González Ruiz *op. cit.* 20s). Por ello, la mayoría de autores creen que Juan aplica a Domiciano la leyenda del Nerón que regresaría a la vida (y a Roma): véase Boismard *Apocalipsis* II 145; González Ruiz *op. cit.* 155; Prigent *op. cit.* 203. Véase también lo dicho antes en la n. 37.
46. Era un procedimiento corriente en la época y por eso es la opinión más extendida, con razón, entre los intérpretes del texto: véase Müller *op. cit.* 256s. Otras interpretaciones posibles —pero no probables— pueden verse en Prigent *op. cit.* 214-217 o